

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0541

Martedì 07.07.2015

Pubblicazione: Immediata

Sommario:

◆ **Viaggio Apostolico di Sua Santità Francesco in Ecuador, Bolivia e Paraguay (5-13 luglio 2015) – Incontro con il mondo della scuola e dell'università a Quito**

◆ **Viaggio Apostolico di Sua Santità Francesco in Ecuador, Bolivia e Paraguay (5-13 luglio 2015) – Incontro con il mondo della scuola e dell'università a Quito**

Incontro con il mondo della scuola e dell'università presso la Pontificia Università Cattolica dell'Ecuador

Discorso del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua inglese

Nel pomeriggio, alle ore 16.30, il Santo Padre ha incontrato il mondo della scuola e dell'università presso la Pontificia Università Cattolica dell'Ecuador a Quito.

Al Suo arrivo, il Papa è stato accolto dal Rettore dell'Università in corrispondenza del palco, nel campo aperto dell'ateneo, dove lo attendevano professori e studenti. L'incontro si è aperto con l'indirizzo di saluto di S.E. Mons. Alfredo José Espinoza Mateus, S.D.B., Vescovo di Loja e Presidente della Commissione Episcopale per l'Educazione e la Cultura, e la consegna di doni al Papa. Quindi, dopo l'intervento di un Rettore, di una docente e di una studentessa, che hanno portato la loro testimonianza, il Santo Padre ha pronunciato il discorso che riportiamo di seguito:

Discurso del Santo Padre

Hermanos en el Episcopado,
Señor Rector,
Distinguidas autoridades,
Queridos profesores y alumnos,
Amigos y amigas:

Siento mucha alegría por estar esta tarde con ustedes en esta Pontificia Universidad del Ecuador, que, desde hace casi setenta años, realiza y actualiza la fructífera misión educadora de la Iglesia al servicio de los hombres y mujeres de la Nación. Agradezco las amables palabras con las que me han recibido y me han transmitido las inquietudes y las esperanzas que brotan en ustedes ante el reto personal y social, de la educación. Pero veo que hay algunos nubarrones ahí en el horizonte, espero que no venga la tormenta, no más una leve garúa.

En el Evangelio acabamos de escuchar cómo Jesús, el Maestro, enseñaba a la muchedumbre y al pequeño grupo de los discípulos, acomodándose a su capacidad de comprensión. Lo hacía con parábolas, como la del sembrador (Lc 8, 4-15). El Señor siempre fue plástico en el modo de enseñar. De una forma que todos podían entender. Jesús, no buscaba, «doctorear». Por el contrario, quiere llegar al corazón del hombre, a su inteligencia, a su vida y para que ésta dé fruto.

La parábola del sembrador, nos habla de cultivar. Nos muestra los tipos de tierra, los tipos de siembra, los tipos de fruto y la relación que entre ellos se genera. Y ya desde el Génesis, Dios le susurra al hombre esta invitación: cultivar y cuidar.

No solo le da la vida, le da la tierra, la creación. No solo le da una pareja y un sinfín de posibilidades. Le hace también una invitación, le da una misión. Lo invita a ser parte de su obra creadora y le dice: ¡cultiva! Te doy las semillas, te doy la tierra, el agua, el sol, te doy tus manos y la de tus hermanos. Ahí lo tienes, es también tuyo. Es un regalo, es un don, es una oferta. No es algo adquirido, no es algo comprado. Nos precede y nos sucederá.

Es un don dado por Dios para que con Él podamos hacerlo nuestro. Dios no quiere una creación para sí, para mirarse a sí mismo. Todo lo contrario. La creación, es un don para ser compartido. Es el espacio que Dios nos da, para construir con nosotros, para construir un nosotros. El mundo, la historia, el tiempo es el lugar donde vamos construyendo ese nosotros con Dios, el nosotros con los demás, el nosotros con la tierra. Nuestra vida, siempre esconde esa invitación, una invitación más o menos consciente, que siempre permanece.

Pero notemos una peculiaridad. En el relato del Génesis, junto a la palabra cultivar, inmediatamente dice otra: cuidar. Una se explica a partir de la otra. Una va de mano de la otra. No cultiva quien no cuida y no cuida quien no cultiva.

No sólo estamos invitados a ser parte de la obra creadora cultivándola, haciéndola crecer, desarrollándola, sino que estamos también invitados a cuidarla, protegerla, custodiarla. Hoy esta invitación se nos impone a la fuerza. Ya no como una mera recomendación, sino como una exigencia que nace «por el daño que provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en la tierra. Hemos crecido pensando tan solo que debíamos “cultivar” que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados quizás a expoliarla... por eso entre los pobres más abandonados y maltratados está nuestra oprimida y devastada tierra” (Enc. *Laudato si’* 2).

Existe una relación entre nuestra vida y la de nuestra madre la tierra. Entre nuestra existencia y el don que Dios nos dio. «El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podemos afrontar adecuadamente la degradación humana y social si no prestamos atención a las causas que tiene que ver con la

degradación humana y social» (*ibid.*, 48) Pero así como decimos se «degradan», de la misma manera podemos decir, «se sostienen y se pueden transfigurar». Es una relación que guarda una posibilidad, tanto de apertura, de transformación, de vida como de destrucción, de muerte.

Hay algo que es claro, no podemos seguir dándole la espalda a nuestra realidad, a nuestros hermanos, a nuestra madre la tierra. No nos es lícito ignorar lo que está sucediendo a nuestro alrededor como si determinadas situaciones no existiesen o no tuvieran nada que ver con nuestra realidad. No nos es lícito, más aún no es humano entrar en el juego de la cultura del descarte.

Una y otra vez, sigue con fuerza esa pregunta de Dios a Caín: «¿Dónde está tu hermano?». Yo me pregunto si nuestra respuesta seguirá siendo: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4, 9).

Yo vivo en Roma, en invierno hace frío. Sucede que muy cerquita del Vaticano aparezca un anciano, a la mañana, muerto de frío. No es noticia en ninguno de los diarios, en ninguna de las crónicas. Un pobre que muere de frío y de hambre hoy no es noticia, pero si las bolsas de las principales capitales del mundo bajan dos o tres puntos se arma el gran escándalo mundial. Yo me pregunto: ¿dónde está tu hermano? Y les pido que se hagan otra vez, cada uno, esa pregunta, y la hagan a la universidad. A vos Universidad católica, ¿dónde está tu hermano?.

En este contexto universitario sería bueno preguntarnos sobre nuestra educación de frente a esta tierra que clama al cielo.

Nuestros centros educativos son un semillero, una posibilidad, tierra fértil para cuidar, estimular y proteger. Tierra fértil sedienta de vida.

Me pregunto con Ustedes educadores: ¿Velan por sus alumnos, ayudándolos a desarrollar un espíritu crítico, un espíritu libre, capaz de cuidar el mundo de hoy? ¿Un espíritu que sea capaz de buscar nuevas respuestas a los múltiples desafíos que la sociedad hoy plantea a la humanidad? ¿Son capaces de estimularlos a no desentenderse de la realidad que los circunda, no desentenderse de lo que pasa alrededor? ¿Son capaces de estimularlos a eso? Para eso hay que sacarlos del aula, su mente tiene que salir del aula, su corazón tiene que salir del aula. ¿Cómo entra en la currícula universitaria o en las distintas áreas del quehacer educativo, la vida que nos rodea, con sus preguntas, sus interrogantes, sus cuestionamientos? ¿Cómo generamos y acompañamos el debate constructor, que nace del diálogo en pos de un mundo más humano? El diálogo, esa palabra puente, esa palabra que crea puentes.

Y hay una reflexión que nos involucra a todos, a las familias, a los centros educativos, a los docentes: ¿cómo ayudamos a nuestros jóvenes a no identificar un grado universitario como sinónimo de mayor status, sinónimo de mayor dinero o prestigio social? No son sinónimos. Cómo ayudamos a identificar esta preparación como signo de mayor responsabilidad frente a los problemas de hoy en día, frente al cuidado del más pobre, frente al cuidado del ambiente.

Y ustedes, queridos jóvenes que están aquí, presente y futuro de Ecuador, son los que tienen que hacer lío. Con ustedes, que son semilla de transformación de esta sociedad, quisiera preguntarme: ¿saben que este tiempo de estudio, no es sólo un derecho, sino también un privilegio que ustedes tienen? ¿Cuántos amigos, conocidos o desconocidos, quisieran tener un espacio en esta casa y por distintas circunstancias no lo han tenido? ¿En qué medida nuestro estudio, nos ayuda y nos lleva a solidarizarnos con ellos? Háganse estas preguntas queridos jóvenes.

Las comunidades educativas tienen un papel fundamental, un papel esencial en la construcción de la ciudadanía y de la cultura. Cuidado, no basta con realizar análisis, descripciones de la realidad; es necesario generar los ámbitos, espacios de verdadera búsqueda, debates que generen alternativas a las problemática existentes, sobre todo hoy. Que es necesario ir a lo concreto.

Ante la globalización del paradigma tecnocrático que tiende a creer «que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital y de plenitud de valores, como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico» (Enc. *Laudato si'*, 105), hoy a ustedes, a mi, a todos, se nos pide que con urgencia nos animemos a pensar, a buscar, a discutir sobre nuestra situación actual. Y digo urgencia, que nos animemos a pensar sobre qué cultura, qué tipo de cultura queremos o pretendemos no solo para nosotros, sino para nuestros hijos y nuestros nietos. Esta tierra, la hemos recibido en herencia, como un don, como un regalo. Qué bien nos hará preguntarnos: ¿Cómo la queremos dejar? ¿Qué orientación, qué sentido queremos imprimirle a la existencia? ¿Para qué pasamos por este mundo? ¿para qué luchamos y trabajamos? (cf. *ibid.*, 160), ¿para qué estudiamos?

Las iniciativas individuales siempre son buenas y fundamentales, pero se nos pide dar un paso más: animarnos a mirar la realidad orgánicamente y no fragmentariamente; a hacernos preguntas que nos incluyen a todos, ya que todo «está relacionado entre sí» (*ibid.*, 138). No hay derecho a la exclusión.

Como Universidad, como centros educativos, como docentes y estudiantes, la vida nos desafía a responder a estas dos preguntas: ¿Para qué nos necesita esta tierra? ¿Dónde está tu hermano?

El Espíritu Santo que nos inspire y acompañe, pues Él nos ha convocado, nos ha invitado, nos ha dado la oportunidad y, a su vez, la responsabilidad de dar lo mejor de nosotros. Nos ofrece la fuerza y la luz que necesitamos. Es el mismo Espíritu, que el primer día de la creación aleteaba sobre las aguas queriendo transformar, queriendo dar vida. Es el mismo Espíritu que le dio a los discípulos la fuerza de Pentecostés. Es el mismo Espíritu que no nos abandona y se hace uno con nosotros para que encontremos caminos de vida nueva. Que sea Él nuestro compañero y nuestro maestro de camino. Muchas gracias.

[01168-ES.02] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

Fratelli nell'Episcopato,
Signor Rettore,
Distinte autorità,
Cari professori e alunni,
Amici e amiche!

Provo una grande gioia nel trovarmi questo pomeriggio insieme a voi in questa Pontificia Università dell'Ecuador, che da quasi settant'anni realizza e attualizza la fruttuosa missione educatrice della Chiesa al servizio degli uomini e delle donne della Nazione. Vi ringrazio per le gentili parole con cui mi avete accolto e mi avete trasmesso le inquietudini e le speranze che sorgono in voi davanti alla sfida, personale e sociale, dell'educazione. Ma vedo che ci sono alcuni nuvoloni all'orizzonte, spero che non venga la tempesta, non più di una pioggerella.

Nel Vangelo abbiamo ascoltato come Gesù, il Maestro, insegnava alla folla e al piccolo gruppo dei discepoli, adeguandosi alla loro capacità di comprensione. Lo faceva con parabole, come quella del seminatore (*Lc 8,4-15*). Il Signore è stato sempre "plastico" nel modo di insegnare. In modo che tutti potessero capire. Gesù non cercava di "sdottorare". Al contrario, vuole arrivare al cuore dell'uomo, al suo ingegno, alla sua vita, affinché questa dia frutto.

La parabola del seminatore ci parla di coltivare. Ci indica i tipi di terreno, i tipi di semina, i tipi di frutto e la relazione che tra essi si crea. Già dalla Genesi, Dio sussurra all'uomo questo invito: coltivare e custodire (cfr *Gen 2,15*).

Non gli dà solamente la vita, gli dà la terra, il creato. Non gli dà solamente una compagna e infinite possibilità.

Gli fa anche un invito, gli dà una missione. Lo invita a far parte della sua opera creatrice e gli dice: coltiva! Ti do le sementi, ti do la terra, l'acqua, il sole, ti do le tue mani e quelle dei tuoi fratelli. Ecco, è anche tuo. E' un regalo, è un dono, è un'offerta. Non è qualcosa di acquistato, non è qualcosa che si compra. Ci precede e ci succederà.

E' un dono dato da Dio affinché con Lui possiamo farlo nostro. Dio non vuole un creato per sé, per guardare sé stesso. Tutto al contrario. Il creato è un dono che dev'essere condiviso. E' lo spazio che Dio ci dà per costruire con noi, per costruire un "noi". Il mondo, la storia, il tempo, è il luogo dove andiamo a costruire il noi con Dio, il noi con gli altri, il noi con la terra. La nostra vita nasconde sempre questo invito, un invito più o meno consapevole, che permane sempre.

Notiamo però una particolarità. Nel racconto della Genesi, insieme alla parola "coltivare", immediatamente ne dice un'altra: "custodire", avere cura. Una si comprende a partire dall'altra. Una mano va verso l'altra. Non coltiva chi non ha cura e non ha cura chi non coltiva.

Non solo siamo invitati ad essere parte dell'opera creatrice coltivandola, facendola crescere, sviluppandola, ma siamo anche invitati ad averne cura, a proteggerla, custodirla. Oggi questo invito si impone a noi con forza. Non come una semplice raccomandazione, ma come un'esigenza che nasce «per il male che le provochiamo, a causa dell'uso irresponsabile e dell'abuso dei beni che Dio ha posto in lei. Siamo cresciuti pensando che eravamo suoi proprietari e dominatori, autorizzati a saccheggiarla...per questo, fra i poveri più abbandonati e maltrattati, c'è la nostra oppressa e devastata terra» (Enc. *Laudato si'*, 2).

Esiste una relazione fra la nostra vita e quella della nostra madre terra. Fra la nostra esistenza e il dono che Dio ci ha dato. «L'ambiente umano e l'ambiente naturale si degradano insieme, e non potremo affrontare adeguatamente il degrado ambientale, se non prestiamo attenzione alle cause che hanno attinenza con il degrado umano e sociale» (*ibid.*, 48). Però così come diciamo "si degradano", allo stesso modo possiamo dire "si sostengono e si possono trasfigurare". E' una relazione che custodisce una possibilità, tanto di apertura, di trasformazione, di vita, quanto di distruzione e di morte.

Una cosa è certa: non possiamo continuare a girare le spalle alla nostra realtà, ai nostri fratelli, alla nostra madre terra. Non ci è consentito ignorare quello che sta succedendo attorno a noi come se determinate situazioni non esistessero o non avessero nulla a che vedere con la nostra realtà. Non ci è lecito, di più, non è umano entrare nel gioco della cultura dello scarto.

Ancora una volta, si ripete con forza questa domanda di Dio a Caino: "Dov'è tuo fratello?". Io mi chiedo se la nostra risposta continuerà ad essere: "Sono forse io il custode di mio fratello?" (*Gen* 4,9).

Io vivo a Roma, e d'inverno fa freddo. Succede che molto vicino al Vaticano si trovi, al mattino, un anziano morto di freddo. Non fa notizia in nessun giornale, in nessuna cronaca. Un povero che muore di freddo e di fame oggi non fa notizia, però se le borse delle principali capitali del mondo scendono di due o tre punti si monta un grande scandalo mondiale. Io mi domando: Dov'è tuo fratello? E vi chiedo di farvi ancora, ciascuno, questa domanda, e di farla all'Università, alla vostra Università Cattolica: Dov'è tuo fratello?

In questo contesto universitario sarebbe bello interrogarci sulla nostra educazione di fronte a questa terra che grida verso il cielo.

Le nostre scuole sono un vivaio, una possibilità, terra fertile per curare, stimolare e proteggere. Terra fertile assetata di vita.

Mi chiedo insieme con voi educatori: vegliate sui vostri studenti aiutandoli a sviluppare uno spirito critico, uno spirito libero, in grado di prendersi cura del mondo d'oggi? Uno spirito che sia in grado di trovare nuove risposte alle molte sfide che la società oggi pone all'umanità? Siete in grado di incoraggiarli a non ignorare la realtà che li circonda? A non ignorare ciò che succede intorno? Siete capaci di stimolarli a questo? A questo scopo bisogna farli uscire dall'aula, la loro mente bisogna che esca dall'aula, il loro cuore bisogna che esca dall'aula. Come

entra nei diversi programmi universitari o nelle diverse aree di lavoro educativo la vita intorno a noi con le sue domande, i suoi interrogativi, le sue questioni? Come generiamo e accompagniamo il dibattito costruttivo, che nasce dal dialogo in vista di un mondo più umano? Il dialogo, quella parola-ponte, quella parola che crea ponti.

E c'è una riflessione che ci coinvolge tutti: le famiglie, le scuole, i docenti: come possiamo aiutare i nostri giovani a non identificare il diploma universitario come un sinonimo di *status* più elevato, sinonimo di soldi, di prestigio sociale. Non sono sinonimi. Come li aiutiamo a identificare questa preparazione come un segno di maggiore responsabilità per i problemi di oggi, rispetto alla cura dei più poveri, rispetto alla salvaguardia dell'ambiente.

E voi, cari giovani che siete qui, presente e futuro dell'Ecuador, siete quelli che dovete fare chiasso. Con voi, che siete seme di trasformazione di questa società, vorrei chiedermi: sapete che questo tempo di studio, non è solo un diritto, ma anche un privilegio che voi avete? Quanti amici, conoscenti o sconosciuti, vorrebbero un posto in questo luogo e per diverse circostanze non lo hanno avuto? In quale misura il nostro studio ci aiuta e ci porta a solidarizzare con loro? Fatevi queste domande, cari giovani.

Le comunità educative hanno un ruolo vitale, un ruolo essenziale nella costruzione della cittadinanza e della cultura. Attenzione: non basta fare analisi, descrivere la realtà; è necessario dar vita ad ambiti, a luoghi di ricerca vera e propria, a dibattiti che generino alternative ai problemi esistenti, specialmente oggi, che è necessario andare al concreto.

Di fronte alla globalizzazione del paradigma tecnocratico che tende a credere «che ogni acquisto di potenza sia semplicemente progresso, accrescimento di sicurezza, di utilità, di benessere, di forza vitale e di pienezza di valori, come se la realtà, il bene e la verità sbocciassero spontaneamente dal potere stesso della tecnologia e dell'economia» (Enc. *Laudato si'*, 105), oggi a voi, a me, a tutti, ci viene chiesto che con urgenza ci affrettiamo a pensare, a cercare, a discutere sulla nostra situazione attuale – e dico urgenza –; che ci incoraggiamo a pensare su quale tipo di cultura vogliamo o pretendiamo non solo per noi ma per i nostri figli e i nostri nipoti. Questa terra l'abbiamo ricevuta in eredità, come un dono, come un regalo. Faremmo bene a chiederci: come la vogliamo lasciare? Quali indicazioni vogliamo imprimere all'esistenza? «A che scopo passiamo da questo mondo? Per quale fine siamo venuti in questa vita? Per che scopo lavoriamo e lottiamo?» (*ibid.*, 160), perché studiamo?

Le iniziative individuali sono sempre buone e fondamentali, ma ci viene chiesto di fare un ulteriore passo avanti: ci incoraggiano a guardare la realtà in modo organico e non frammentario; a porci domande che includono tutti noi, dal momento che tutti «sono relazionati tra loro» (*ibid.*, 138). Non c'è diritto all'esclusione.

Come Università, come istituzioni educative, come docenti e studenti, la vita ci sfida a rispondere a queste due domande: perché questa terra ha bisogno di noi? Dov'è tuo fratello?

Lo Spirito Santo ci ispiri e ci accompagni, perché Egli ci ha chiamato, ci ha invitato, ci ha dato l'opportunità e, al tempo stesso, la responsabilità di dare il meglio di noi. Ci dia la forza e la luce di cui abbiamo bisogno. È lo stesso Spirito che il primo giorno della creazione aleggiava sulle acque cercando di trasformare, cercando di dare la vita. È lo stesso Spirito che ha dato ai discepoli la forza della Pentecoste. È lo stesso Spirito che non ci abbandona e diventa un tutt'uno con noi per trovare nuovi modi di vita. Che sia Lui il nostro compagno e maestro di viaggio. Grazie!

[01168-IT.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua inglese

My Brother Bishops,
Father Rector,
Distinguished Authorities,
Dear Professors and Students,
Dear Friends,

I am very happy to be here with you this afternoon at the Pontifical Catholic University of Ecuador, which for almost sixty years has helped to further the Church's educational mission in service to the men and women of the country. I am grateful for your kind words of welcome, which expressed your profound hopes and concerns in the face of the challenges, both personal and social, of your work as educators. But I see some storm clouds over there on the horizon; I hope that a storm is not on its way, just a little shower.

In the Gospel we have just heard, Jesus, the Master, teaches the crowds and the small group of his disciples by accommodating himself to their ability to understand. He does this with parables, like that of the sower (cf. *Lk* 8:4-15). The Lord is always flexible in his way of teaching. He does it in a way that everyone can understand. Jesus does not seek to "play the professor". Instead, he seeks to reach people's hearts, their understanding and their lives, so that they may bear fruit.

The parable of the sower speaks to us of "cultivating". It speaks of various kinds of soil, ways of sowing and bearing fruit, and how they are all related. Ever since the time of Genesis, God has quietly urged us to "cultivate and care for the earth".

God does not only give us life: he gives us the earth, he gives us all of creation. He does not only give man a partner and endless possibilities: he also gives human beings a task, he gives them a mission. He invites them to be a part of his creative work and he says: "Cultivate it! I am giving you seeds, soil, water and sun. I am giving you your hands and those of your brothers and sisters. There it is, it is yours. It is a gift, a present, an offering. It is not something that can be bought or acquired. It precedes us and it will be there long after us.

Our world is a gift given to us by God so that, with him, we can make it our own. God did not will creation for himself, so he could see himself reflected in it. On the contrary: creation is a gift to be shared. It is the space that God gives us to build up with one another, to build a "we". The world, history, all of time – this is the setting in which we build this "we" with God, with others, with the earth. This invitation is always present, more or less consciously in our life; it is always there.

But there is something else which is special. As Genesis recounts, after the word "cultivate", another word immediately follows: "care". Each explains the other. They go hand in hand. Those who do not cultivate do not care; those who do not care do not cultivate.

We are not only invited to share in the work of creation and to cultivate it, to make it grow and to develop it. We are also invited to care for it, to protect it, to be its guardians. Nowadays we are increasingly aware of how important this is. It is no longer a mere recommendation, but rather a requirement, "because of the harm we have inflicted on [the earth] by our irresponsible use and abuse of the goods with which God has endowed her. We have come to see ourselves as her lords and masters, entitled to plunder her at will... This is why the earth herself, burdened and laid waste, is among the most abandoned and maltreated of our poor" (*Laudato Si'*, 2), that exist today in the world.

There is a relationship between our life and that of mother earth, between the way we live and the gift we have received from God. "The human environment and the natural environment deteriorate together; we cannot adequately combat environmental degradation unless we attend to causes related to human and social degradation" (*Laudato Si'*, 48). Yet just as both can "deteriorate", we can also say that they can "support one another and can be changed for the better". This reciprocal relationship can lead to openness, transformation, and life, or to destruction and death.

One thing is certain: we can no longer turn our backs on reality, on our brothers and sisters, on mother earth. It is wrong to turn aside from what is happening all around us, as if certain situations did not exist or have nothing to do with our life. It is not right for us, nor is it even humane to get caught up in the play of a throwaway culture.

Again and again we sense the urgency of the question which God put to Cain, "Where is your brother?" But I wonder if our answer continues to be: "Am I my brother's keeper?" (*Gen* 4:9).

I live in Rome, where it is cold in winter. It can happen that just nearby the Vatican in the morning an elderly person is found dead from the cold. There is no news report in any of the daily or weekly newspapers. A poor person who dies today of cold and hunger is not a news item, but if the stock markets of the major world capitals drop two or three points, it is a great global scandal. I ask myself: "Where is your brother?" And I ask you to do this once again, each of you, to ask this question, and to do so at the university. To you, Catholic University, I ask: "Where is your brother?"

Here, in this university setting, it would be worthwhile reflecting on the way we educate about this earth of ours, which cries out to heaven.

Our academic institutions are seedbeds, places full of possibility, fertile soil to be cared for, cultivated and protected. Fertile soil thirsting for life.

My question to you, as educators, is this: Do you watch over your students, helping them to develop a critical sense, an open mind capable of caring for today's world? A spirit capable of seeking new answers to the varied challenges that society sets before humanity today? Are you able to encourage them not to disregard the world around them, what is happening all over? Can you encourage them to do that? To make that possible, you need to take them outside the university lecture hall; their minds need to leave the classroom, their hearts must go out of the classroom. Does our life, with its uncertainties, its mysteries and its questions, find a place in the university curriculum or different academic activities? Do we enable and support a constructive debate which fosters dialogue in the pursuit of a more humane world? Dialogue, that bridge word, that word which builds bridges.

One avenue of reflection involves all of us, family, schools and teachers. How do we help our young people not to see a university degree as synonymous with higher status, with more money or social prestige? It is not synonymous with that. How can we help make their education a mark of greater responsibility in the face of today's problems, the needs of the poor, concern for the environment?

I also have a question for you, dear students who are here. You are Ecuador's present and future, the ones who must stir things up. You are the seedbed of your society's future growth. Do you realize that this time of study is not only a right, but also a privilege which you have? How many of your friends, known or unknown, would like to have a place in this house but, for various reasons, do not? To what extent do our studies help us and bring us to feel solidarity with them? Ask these questions, dear students.

Educational communities play a fundamental role, an essential role in the enrichment of civic and cultural life. Be careful! It is not enough to analyze and describe reality: there is a need to shape environments of creative thinking, discussions which develop alternatives to current problems, especially today. We need to move to the concrete.

Faced with the globalization of a technocratic paradigm which tends to believe "that every increase in power means an increase of progress itself, an advance in security, usefulness, welfare and vigor; ...an assimilation of new values into the stream of culture, as if reality, goodness and truth automatically flow from technological and economic power as such" (*Laudato Si'*, 105), it is urgent today for you, for me, for everyone, to keep reflecting on and talking about our current situation. And I am saying urgent that we be motivated to think about the culture, the kind of culture we want not only for ourselves, but for our children and our grandchildren. We have received this earth as an inheritance, as a gift, in trust. We would do well to ask ourselves: "What kind of world do we want to leave behind? What meaning or direction do we want to give to our lives? Why have we been put here? What is the purpose of our work and all our efforts?" (cf. *Laudato Si'*, 160). Why are we studying?

Personal initiatives are always necessary and good. But we are asked to go one step further: to start viewing reality in an organic and not fragmented way, to ask about where we stand in relation to others, inasmuch as "everything is interconnected" (*Laudato Si'*, 138). There is no right to exclusion.

As a university, as educational institutions, as teachers and students, life itself challenges us to answer these

two questions: What does this world need us for? Where is your brother?

May the Holy Spirit inspire and accompany us, for he has summoned us, invited us, given us the opportunity and the duty to offer the best of ourselves. He is the same Spirit who on the first day of creation moved over the waters, ready to transform them, ready to bestow life. He is the same Spirit who gave the disciples the power of Pentecost. The Spirit does not abandon us. He becomes one with us, so that we can encounter paths of new life. May he, the Spirit, always be our companion and our teacher along the way. Thank you very much.

[01168-EN.02] [Original text: Spanish]

[B0541-XX.02]
